

EDITORIAL

UNA CIUDAD PARA VIVIR

Cuando ya se acerca la elección presidencial en Chile, se tiene la curiosidad e interés por saber cómo será tratada la ciudad en cualquier futuro gobierno.

Tradicionalmente, las preocupaciones del ejecutivo se han centrado más en la producción de vivienda que en la creación de ciudad. El país exhibe grandes logros en su política de vivienda y ha logrado aunar su política de subsidio y planificación con un sector privado emprendedor y bastante fiscalizado, de manera que Chile hoy disminuye constantemente su déficit lo que pocos países pueden exhibir. Más aún, durante la presente administración se ha aumentado los estándares para la vivienda social y se ha creado una serie de programas que afectan la vivienda y, algunos, el barrio, tales como algunos programas de pavimentación de calles residenciales y las reparaciones de viviendas. Así mismo, reconocemos la planificación y construcción de algunas grandes obras urbanas pero lamentamos que ellas sean principalmente a una gran escala, quedando el entorno inmediato de los barrios aún de mala calidad y con un gran centralismo en las inversiones (basta mirar la pésima calidad de calles y aceras de Concepción y compararlas con las repavimentaciones que se hace en Santiago).

Sin abandonar los incentivos para la construcción de viviendas creemos que en una nueva administración debería ponerse aún más acento en la ciudad y su funcionamiento como ecosistema en el que desarrollamos nuestro imaginario del mundo y que nos permite desarrollar nuestros intereses personales y de grupo. Una política urbana futura debe hacerse cargo de los temas de calidad de medio ambiente urbano y del estudio de la racionalidad y eficiencia de las soluciones de diseño urbano, preocupándose de su funcionalidad pero también de nuestras necesidades de recreación y socialización afincadas en nuestros valores culturales propios.

Una ciudad así debe generarse a través de la participación, pero no una participación nominal de grandes asambleas o de encuestas al pasar sino, más bien, educando e implicando a los habitantes en la construcción de ciudad -desde sus valores intrínsecos- para que sea suya y, por ese medio, obtener su compromiso. Es hora ya de enseñar, de tomar conciencia, que la ciudad no es un artificio funcional sino el asidero existencial desde el cual vemos al mundo, a nuestros semejantes, a nuestras familias y, como no, a nosotros mismos.

Roberto Lira Olmo

Director